

CAPÍTULO 24

Muy de mañana, cuando apenas acababan de salir Andréi y Pável, Kórsunova llamó ansiosamente a la ventana y gritó despavorida:

—¡Han matado a Isaí! Vamos a verlo...

La madre se estremeció. El nombre del asesino atravesó su mente como un relámpago.

—¿Quién? —preguntó concisa, echándose un mantón sobre los hombros.

—¡No se ha quedado a mirar, caramba: dio el golpe y se escapó! —respondió María.

Por el camino, prosiguió:

—Ahora empezarán otra vez a indagar, a buscar al culpable. Menos mal que tus hombres han estado en casa toda la noche, yo soy testigo. Pasé por delante de aquí a medianoche, miré por la ventana y vi que estaban todos sentados a la mesa.

—¿Qué cosas dices, María? ¿Acaso podría pensarse en ellos? —exclamó la madre, aterrada.

—¿Y quién lo ha matado? Seguro que ha sido alguien de los suyos —dijo Kórsunova convencida—. Todo el mundo sabe que él los espiaba.

La madre se detuvo sin aliento, llevándose la mano al pecho.

—¿Qué te pasa? ¡No tengas miedo! No le han dado más que su merecido. Vamos de prisa, ¡mira que se lo van a llevar en seguida!

El pesado recuerdo de Vesovchikov hacía titubear a Pelagueia.

«Así que lo hizo...», pensaba aturdida.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

No lejos de los muros de la fábrica, junto a los escombros de una casa recientemente destruida por un incendio, pisoteando sobre los calcinados restos y levantando nubes de ceniza, se agolpaba una multitud, rumorosa como un enjambre de abejas. Había muchas mujeres, más chiquillos, tenderos, mozos de taberna, agentes de policía y el gendarme Pedin, viejo alto, con rizosa barba plateada y varias medallas en el pecho.

Isái estaba medio tendido en tierra, con la espalda apoyada en una viga ennegrecida por las llamas y la cabeza caída sobre el hombro derecho. Tenía la diestra metida en el bolsillo del pantalón, y los dedos de la izquierda se asían a la tierra semihelada.

La madre observó el rostro del muerto, uno de cuyos vidriosos ojos miraba a la gorra, que yacía entre las separadas piernas, como con cansancio; su boca entreabierta estaba contraída en un rictus de asombro; la perilla bermeja sobresalía ladeada. Su cuerpo flaco y su cabeza en punta, de cara pecosa y huesuda, parecían aún más pequeños, comprimidos por la muerte. La madre se santiguó suspirando. En vida le parecía repugnante, pero ahora le inspiraba una cierta conmiseración.

—No hay sangre —observó alguien a media voz—. Seguramente lo golpearon con el puño.

Se oyó una voz, hosca y fuerte:

—Le han cerrado el pico a un soplón...

El gendarme se agitó y, separando con las manos la masa de las mujeres, preguntó amenazante:

—¿Quién ha dicho eso, eh?

Sus empujones dispersaban a la gente. Algunos se alejaban deprisa. Alguien soltó una risotada sarcástica.

La madre volvió a su casa.

—Nadie lo llora —pensaba.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Y ante ella continuaba, como un espectro, la ancha figura de Nikolái; sus ojos alargados miraban fríamente, con crueldad, mientras el brazo derecho se le balanceaba, como si lo tuviera herido...

A la hora de comer, cuando llegaron su hijo y Andréi, ella se apresuró a preguntarles:

—¿Qué? ¿No han detenido a nadie por lo de Isái?

—No hemos oído nada —replicó el jojol.

La madre vio que ambos estaban abrumados.

—¿No se habla de Nikolái? —inquirió en voz baja.

La severa mirada del hijo se detuvo en el rostro de ella. Recalcando bien las palabras, le contestó:

—Nadie dice nada. Ni siquiera sospechan de él. Además, no está aquí. Ayer a mediodía se fue al río y aún no ha vuelto. He pedido noticias suyas...

—Bueno... ¡Gracias a Dios! —dijo la madre, con un suspiro de alivio—. ¡Gracias a Dios!

El jojol le lanzó una ojeada, y bajó la cabeza.

—Está tendido en la tierra... —continuó la madre, pensativa—, tiene una cara... de asombro. Y nadie lo llora, nadie ha tenido una buena palabra para él. Tan insignificante, tan poquita cosa. Parece un cascote desprendido de alguna parte. Ha caído y está allí, tirado...

Interrumpiendo súbitamente la comida, Pável dejó la cuchara sobre la mesa y exclamó:

—¡No lo comprendo!

—¿Qué? —preguntó el jojol.

—Matar un animal, simplemente porque hay que comer, ya es repugnante.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Matar una fiera, a un animal carnicero... es comprensible. Yo mismo podría matar a un hombre, que fuese como una bestia salvaje para sus semejantes. Pero matar a alguien tan miserable... ¿cómo se puede alzar la mano para eso?

El jojol se encogió de hombros. Luego, dijo:

—No era menos dañino que un animal feroz. Matamos al mosquito que nos chupa un poco de nuestra sangre...

—¡Desde luego! No quería decir eso. Lo que digo, es que me repugna.

—¿Qué le vamos a hacer? —replicó Andréi, encogiéndose nuevamente de hombros.

Hubo un largo silencio.

—¿Podrías tú matar a alguien así? —preguntó pensativo Pável.

El jojol lo miró con sus ojos redondos. Luego, lanzó a la madre una rápida ojeada y respondió tristemente, pero con firmeza:

—Por los camaradas, por nuestra causa, lo puedo todo. Y mataría. Incluso, a mi propio hijo.

—¡Oh, Andriusha...! —exclamó débilmente la madre.

Este sonrió y le dijo:

—¡No hay más remedio! La vida es así...

—Sí... — lo apoyó Pável lentamente —. Así es la vida.

Súbitamente, presa de excitación, obedeciendo a un impulso exterior, Andréi se levantó, agitando los brazos.

—¿Qué puede hacerse? Estamos obligados a odiar a la humanidad, para que venga más pronto el tiempo en que pueda admirársela sin reservas. Hay que destruir al que obstaculiza la marcha de la vida, al que vende a su prójimo por dinero, por ventajas o por honores. Si en el camino de los justos se encuentra un Judas que los

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

espera para traicionarlos, yo sería otro Judas si no lo destruyese. ¿Acaso no tengo derecho? Y nuestros amos, ¿tienen el derecho de disponer de soldados y de verdugos, de prostíbulos y de cárceles, de penales, trabajos forzados y de toda esta inmundicia que protege su seguridad y su bienestar? Si llega el momento de empuñar en mis manos su garrote, ¿qué voy a hacer? Lo tomaré, no lo rechazaré. Nos asesinan por decenas y por centenares..., esto me da derecho a levantar mi brazo y abatirlo sobre la cabeza de un enemigo, de quien avanza contra mí para dañar la obra de mi vida... La existencia está hecha así. Lucho contra ella, aun sin desearlo. ¡Sé que la sangre del enemigo no crea nada, que no es fecunda! La verdad crece cuando nuestra sangre riega la tierra como una espesa lluvia, pero la de ellos está podrida, desaparece sin dejar huella: esto lo sé también. Pero estoy dispuesto a cometer el delito, a matar, si veo que es necesario. Porque yo no hablo más que por mí. Mi pecado morirá conmigo, no será una mancha para el futuro, no ensuciará a nadie más que a mí, ¡a nadie más!

Iba y venía agitando la mano ante su rostro como si hubiese cortado, despedazado y arrojado lejos de sí alguna cosa. Llena de alarma y tristeza, la madre lo miraba: comprendía que algo se había roto en él, y que sufría. Sus pensamientos sombríos y temerosos cuando recordaba el asesinato, habían desaparecido. Si Vesovchikov no era el asesino, ningún otro camarada de Pável podía serlo, se decía. Su hijo escuchaba al jojol con la cabeza baja, y aquél continuaba con fuerza y obstinación:

—Cuando se marcha hacia adelante, hay que luchar incluso contra uno mismo. Hay que saber sacrificarlo todo, hasta el corazón. Consagrar la vida a una causa, morir por ella, no es difícil. Sacrifica más, sacrifica también lo que te es máspreciado que la vida: entonces, crecerá con fuerza lo más caro que hay ti, ¡tu verdad!

Se detuvo en medio de la habitación; estaba pálido, los ojos entornados. Prosiguió, alzando la mano en un gesto de promesa solemne:

—Sé que vendrá el tiempo en que los hombres se admirarán mutuamente, en que cada uno será como una estrella a los ojos de los otros. Habrá sobre la tierra hombres libres, hombres engrandecidos por la libertad: cada cual marchará a corazón descubierto, puro de todo odio, y todos carecerán de maldad. Entonces la vida no será ya vida, sino culto rendido al hombre; se exaltará su imagen; ¡para los hombres libres serán accesibles todas las alturas! Entonces, se vivirá en la verdad y la

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

libertad, para la belleza, y serán estimados los mejores, los que mejor sepan abrazar el mundo en su corazón, los que más profundamente lo amen; los mejores serán los más libres, ¡en ellos estará la mayor belleza! Grandes serán los hombres de esa vida...

Guardó silencio, se irguió y dijo con una voz salida desde lo más profundo de su ser:

— Pues bien, en nombre de esa vida, estoy dispuesto a todo...

Su rostro se contrajo, y, una tras otra, brotaron de sus ojos lágrimas grandes, pesadas.

Pável alzó la cabeza y, pálido, abriendo mucho los ojos miró al rostro de su camarada; la madre se incorporó un poco en la silla, sintiendo que iba creciendo y se cernía sobre ella una sombría inquietud.

—¿Qué te pasa, Andréi? —preguntó Pável en voz baja.

El jojol sacudió la cabeza, tendió el cuerpo hacia adelante, como una cuerda tensa, y dijo, mirando a la madre:

—Yo lo he visto... yo sé.

Ella se levantó, se acercó vivamente a él y le agarró manos... El trató de desprender su mano derecha, pero la madre la sujetaba con fuerza, murmurando con ardiente susurro:

—¡Cálmate, hijo mío! Cálmate, querido...

—¡Esperen! —dijo él sordamente—. Voy a decirles lo que ocurrió...

—¡No, no! —rogó la madre, mirándolo con lágrimas en los ojos—. No es necesario, Andriusha...

Pável se le acercó lentamente, mirando al camarada con ojos húmedos. Estaba pálido y, con risa forzada, le dijo despacio, sin alzar la voz:

—La madre teme que hayas sido tú.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡ Yo no lo temo! ¡No lo creo! ¡Aunque lo hubiese visto, no lo creería!

—Esperen — prosiguió el jojol, sin mirarles, moviendo la cabeza y logrando soltar su mano—. No fui yo... pero hubiera podido impedirlo.

—¡Cállate, Andréi! — dijo Pável. Y agarrándole la mano con una de las suyas, le puso la otra en el hombro, como queriendo detener el convulso temblor de todo aquel largo cuerpo.

Inclinó el jojol la cabeza hacia Pável y continuó en voz baja, entrecortada:

— Yo no quería esto, ya lo sabes tú, Pável. Verás lo que pasó: cuando tú te adelantaste y yo me detuve con Dragúnov, Isái asomó por la esquina y se paró un poco aparte. Empezó a mirarnos y a reírse... Dragúnov me dijo: ¿Ves? Ése me está espiando toda la noche. Le voy a ajustar las cuentas. Y se marchó; yo pensé que a casa... Entonces Isái se acercó a mí...

Lanzó un suspiro.

— Nadie me había insultado de un modo tan soez como lo hizo ese perro.

Sin hablar, la madre lo atraía por el brazo hacia la mesa hasta que consiguió sentar a Andréi en la silla; ella tomó asiento a su lado, hombro con hombro. Pável estaba en pie ante ellos, pellizcándose la barba con aspecto sombrío.

— Me dijo que la policía nos conoce a todos, que estamos fichados y que los gendarmes nos iban a cazar a todos antes del Primero de Mayo. No le contesté, me reí, pero comencé a hervir por dentro. Inmediatamente, me dijo que yo era un chico inteligente, que no debería seguir este camino, sino más bien...

Se detuvo y se limpió el sudor del rostro con la mano izquierda; sus ojos brillaban con seco fulgor.

—¡Ya comprendo! —dijo Pável.

— Me dijo: ¿No sería mejor que te pusieras al servicio de la ley, eh?

El jojol extendió el brazo y sacudió el puño cerrado.

—¡Al servicio de la Ley... maldita sea su alma! —dijo Andréi entre dientes—. Mejor hubiera sido que me golpeará en la cara... hubiera sido menos penoso para mí... y quizá para él. Pero cuando me escupió en el corazón su infecta saliva, no me pude contener.

Febrilmente, desasí su mano de la de Pável, y, con voz sorda, añadió con asco:

—Lo golpeé en pleno rostro y me fui. Oí que, detrás, Dragúnov decía en voz baja: ¡Caíste, pájaro! Debía estar detrás de la esquina...

Tras un instante de silencio, el jojol continuó:

—Yo no me di vuelta, y, sin embargo, pude oír... Oí un golpe, seguí tranquilamente como si acabase de aplastar un sapo con el pie. Cuando me levanté para ir al trabajo, oí gritar: ¡Han matado a Isái! No lo creía, pero mi mano estaba agarrotada, la movía con dificultad; no sentía dolor, y, sin embargo, era como si se me hubiera quedado más corta.

Miró de reojo su mano:

—Seguramente que en toda la vida no lograré lavar esta asquerosa mancha.

—¡Con tal de que tu corazón esté limpio, querido mío! —dijo dulcemente la madre.

—¡No me acuso, no! —afirmó el jojol—. Pero me repugna. Yo no necesitaba esto para nada...

—No comprendo bien —dijo Pável, alzando los hombros—. No eres tú quien lo ha matado, pero aunque así hubiera sido...

— Hermano, ¿y saber que asesinan y no impedirlo...?

—No lo comprendo en absoluto —dijo Pável con firmeza, y tras una breve reflexión, añadió:

—Es decir, puedo comprenderlo, pero no puedo compartir ese sentimiento.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Aulló la sirena. El jojol inclinó la cabeza sobre el hombro para escuchar mejor el imperioso llamado y, estremeciéndose, dijo:

—No iré a trabajar.

—Yo tampoco —replicó Pável.

—Iré a los baños — añadió el jojol, con una mueca de forzada sonrisa, y luego de recoger apresuradamente, en silencio, todo lo necesario, se marchó sombrío.

La madre lo siguió con una mirada compasiva y empezó a decirle al hijo:

—Di lo que quieras, Pável. Yo sé que es un pecado matar a un hombre, y sin embargo, considero que nadie es culpable. Isái me da lástima, era como un clavo insignificante; lo miraba, me acordaba de que me había amenazado con colgarte y no sentía ni rencor contra él ni alegría porque hubiera muerto. La piedad me invadía por completo. Y ahora, ni siquiera siento piedad.

Calló, pensó un instante y observó, sonriendo con extrañeza:

—¡Señor mío Jesucristo...! ¿Oyes, Pável, lo que estoy diciendo?

Indudablemente, él no la había escuchado. Con la cabeza baja, paseaba lentamente por el cuarto, pensativo y sombrío.

—Esto es la vida —dijo el joven—. ¿Ves cómo enfrentan a los hombres unos contra otros? Aunque no quieras, ¡golpea! ¿Y a quién? A un hombre tan privado de derechos como tú mismo. Él es aún más desdichado que tú, porque es estúpido. Policías, gendarmes, soplones; todos ellos son enemigos nuestros, y sin embargo, son personas como nosotros. También a ellos les chupan la sangre y tampoco se los considera seres humanos. ¡Hacen igual que con nosotros! Así han puesto a unos enfrente de otros; los han cegado con la estupidez y con el miedo, los han atado de pies y manos, los oprimen, los explotan, los aplastan y los hieren a unos por medio de los otros. Han convertido a los hombres, en fusiles, en mazas, en hierro, y dicen: ¡Esto es el Estado...!

Se acercó aún más a la madre.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Esto es un crimen, madre! El más atroz asesinato de millones de hombres, el asesinato de las almas... ¿Comprendes? Matan las almas... ¿Ves la diferencia entre ellos y nosotros? Ha pegado a un hombre y le da repugnancia, siente vergüenza, le duele, y, lo principal, ¡siente asco! En cambio, ellos matan a miles de hombres con toda tranquilidad, sin compasión, sin que el corazón les tiemble, ¡matan por placer! y dan muerte a todos y a todo, solamente para conservar la plata, el oro, unos papeluchos insignificantes, toda esa basura miserable que les da el poder sobre el género humano. Piénsalo, no es para protegerse a sí mismos, ni para defenderse, por lo que asesinan al pueblo y mutilan las almas; no lo hacen por ellos mismos, sino por amor a sus bienes, para defender su propiedad. No se protegen por dentro, sino por fuera...

Le tomó las manos, se las apretó, e inclinándose hacia ella, agregó:

— Si pudieras sentir toda esa abominación, toda esa infecta podredumbre, comprenderías nuestra verdad, ¡y verías todo lo grande y luminosa que es...!

La madre se levantó, conmovida, invadida por el deseo de fundir su corazón y el de su hijo en una sola y única llama:

—¡Espera, Pasha, espera!—murmuró jadeante—. Comienzo a sentirla, ¡espera!

CAPÍTULO 25

Alguien penetró, haciendo ruido, en el zaguán de la casa. Ambos se miraron estremecidos. La puerta se abrió lentamente y entró Ribin, con su pesado paso.

—¡Bueno! —dijo sonriente, alzando la cabeza—. Aquí estoy. Todo le apetece a nuestro Fomá⁷, tanto la taberna como lo demás. Salúdenme y háganme los honores de su mesa.

Vestía una corta chaqueta de carnero, manchada de alquitrán, y calzaba unos laptis⁸; de su cinturón pendían unas manoplas negras y un gorro peludo cubría su cabeza.

—¿Están bien? ¿Ya te soltaron, Pável? Bueno, ¿cómo te va, Nílovna?

Su sonrisa era amplia, mostrando sus blancos dientes. La voz tenía un timbre más dulce, y el rostro desaparecía aún más bajo la barba.

Feliz de volver a verlo, la madre se acercó a él, estrechó su gran mano negra y dijo, aspirando el fuerte y sano olor a brea que traía:

—¡Aaahhh! ¿Eres tú...? ¡Cuánto me alegro...!

Pável se sonreía, observando a Ribin.

—¡Haces un espléndido mujik!

Ribin se quitó lentamente el abrigo:

—Sí, he vuelto a ser mujik: mientras que ustedes avanzan, poco a poco, hacia los señores, yo vuelvo hacia atrás, ¡eso es!

Estirándose la blusa de cutí, entró en la habitación que observó con mirada circular.

⁷ Fomá Berénnikov. Cuento popular ruso, de Alexander Nikoiaievich Afanasiev

⁸ Zapatos hechos con corteza de tilo.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Veo que no han aumentado el mobiliario, pero sí los libros. Bueno, ¿cómo van las cosas?

Se sentó abriendo ampliamente las piernas, apoyó la palma de las manos en las rodillas y clavando en Pável la mirada inquisitiva de sus ojos negros, esperó la respuesta, sonriendo bondadosamente.

—Los asuntos no marchan del todo mal —dijo Pável.

— Aramos, sembramos, a alabarnos no acostumbramos y cuando la cosecha recojamos, braga⁹ haremos y a la bartola nos tumbaremos. ¿No es eso? — salmodió Ribin, chancero.

—¿Cómo te va a ti, Mijaíl Ivánovich? — preguntó Pável, sentándose frente a él.

—¡Psch! Vivo bastante bien. Me quedé en Eguildéievo. ¿Has oído hablar de él? ¡Buen pueblo! Dos ferias al año y más de dos mil habitantes. ¡Gente arisca! Tierra no tienen, la arriendan al señor feudal, ¡pero el suelo no vale nada! Yo entré de bracero en casa de un explotador del pueblo, una sanguijuela; allí hay tantos como moscas sobre un cadáver. Hacemos alquitrán y carbón. Gano por mi trabajo la cuarta parte que aquí y me rompo el espinazo dos veces más, ¡eso es! Somos siete los jornaleros de la sanguijuela. No es mala gente; todos son jóvenes y del lugar, menos yo; todos saben leer y escribir. Hay un tal Efim, tan entusiasta, que da miedo.

—¿Y habla usted mucho con ellos? —preguntó animadamente Pável.

— No callo. Me llevé todos los folletos de aquí, los treinta y cuatro, pero yo me sirvo más de la Biblia; allí se encuentra todo lo que hace falta, es un libro gordo, un libro oficial, publicado por el Sínodo, ¡se puede creer en él!

Le guiñó el ojo a Pável y, sonriendo, continuó:

— Sólo que esto es poco. Vengo en busca de más folletos. Hemos llegado dos: Efim y yo; trajimos alquitrán y hemos dado un rodeo para venir a verte. Aprovisióname de libros antes de que llegue Efim; no es necesario que sepa demasiado.

⁹ Bebida parecida a la cerveza elaborada en casa.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La madre miraba a Ribin y le parecía que con la chaqueta se había quitado de encima algo más. Tenía un aspecto menos respetable, y sus ojos miraban astutos, no tan francamente como antes.

—Madre —dijo Pável—. Vaya usted y traiga libros. Allí sabrán lo que tienen que darle. Diga que son para el campo.

—Bueno —dijo la madre—. El samovar va a hervir. Iré en seguida.

—¿Tú también has entrado en este asunto, Nílovna? —dijo Ribin sonriendo— ¡Bueno! Hay muchos aficionados a los libros en nuestra aldea. El maestro lo cultiva: dicen que es un buen muchacho, aunque su padre es pope. Hay también una maestra, a unas siete verstas; mas no quieren actuar con libros prohibidos, es gente que depende del Estado y tienen miedo. Pero yo necesito libros prohibidos, afilados, yo se los deslizaré debajo del brazo... Y si el comisario de policía o el pope se enteran de que son libros prohibidos, ¡se pensarán que son los maestros los que los reparten! Y yo, mientras tanto, me quedaré al margen del asunto...

Y satisfecho de su malicia, rió, dejando ven sus dientes.

«¡Habrás visto!, pensó la madre, parece un oso y es un zorro... »

—¿Qué cree usted? —preguntó Pável— Si sospechan que los maestros son los que reparten libros prohibidos, ¿los meterán en la cárcel por ello?

— Desde luego, ¿y qué?

—¡Usted ha repartido los libros, y no ellos! Usted es el que debe ir a la cárcel...

—¡Qué gracioso! —exclamó Ribin riendo y golpeándose las rodillas—. ¿Quién va a pensar en mí? ¿Un simple mujik se va a ocupar de tales cosas? ¿Ocurre eso alguna vez? Los libros son cosa de señores, y a ellos les toca responder...

La madre se daba cuenta de que Pável no comprendía a Ribin, y vio que entornaba los ojos, lo cual era en él indicio de enfado. Dijo con cautela y suavidad:

— Mijaíl Ivánovich quiere hacer las cosas y que otros paguen por él...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Eso es! —afirmó Ribin, acariciándose la barba—. Hasta que llegue el momento...

—Madre —replicó secamente Pável—. Si alguno de nosotros, Andréi por ejemplo, hiciera algo, alegando que era obra mía, y a mí me metieran en la cárcel, ¿qué dirías tú?

La madre se estremeció, miró perpleja al hijo y, denegando con la cabeza, respondió:

—¿Cómo se puede obrar así contra un camarada?

—¡Ah! —dijo Ribin, arrastrando las sílabas—. ¡Ya te comprendo, Pável!

Y con un guiño malicioso, se dirigió a Pelagueia:

—Esto, madre, es un asunto delicado.

Y volvió a dirigirse a Pável, en tono sentencioso:

—¡Piensas aún como un novato, hermano! En una causa secreta no hay honor. Tú razona: en primer lugar, se llevará a la cárcel al muchacho a quien le encuentren un libro, y no a los maestros. En segundo lugar, aunque los maestros den libros autorizados, el tema en ellos es el mismo que en los prohibidos, sólo que las palabras son otras y con menos verdad. Luego ellos quieren lo mismo que yo, sólo que van por los vericuetos y yo por la carretera, pero ante las autoridades somos igualmente culpables, ¿no es cierto? Y en tercer lugar, yo no tengo nada que ver con ellos, hermano; el peatón es mal compañero para el jinete. Con un mujik puede que no hiciera yo lo mismo. Pero ellos... Uno es hijo de un pope, y la otra, hija de un terrateniente; ¿para qué van ellos a sublevar al pueblo? No lo sé. Su manera de pensar es como la de los señores y yo, mujik, no los comprendo. Lo que yo mismo hago, lo comprendo, pero ignoro lo que ellos quieren. Durante miles de años, hubo personas que fueron lindamente señores y despellejaron al mujik, y de repente, se han despertado y se ponen a abrirle los ojos. Yo, hermano, no soy aficionado a los cuentos, y esto es una especie de cuento. De mí están lejos todos los señores. Cuando vas en invierno por el campo y delante de ti se distingue algo vivo, que se mueve, no se puede apreciar qué es: lobo, zorro o simplemente un perro. ¡No se ve! Está lejos.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La madre echó una mirada al hijo. Su rostro estaba triste. Los ojos de Ribin brillaban con un fulgor sombrío; miraba a Pável, contento de sí mismo, y rascándose excitado la barba con los dedos, continuó:

— No tengo tiempo para finuras. La vida mira severa; en la perrera no es como en el redil, cada jauría ladra a su manera...

— Hay «señores» que se sacrifican y que, durante toda su vida, sufren en la cárcel por el pueblo...— terció la madre, recordando a personas conocidas.

— Para ellos es distinto. Cuando el mujik empieza a enriquecerse, al señor quiere parecerse, y cuando el señor se arruina, al mujik se aproxima. Aunque no se quiera, cuando la bolsa está vacía, el alma está sin mancha. ¿Recuerdas, Pável? Tú me explicaste que, según vive el hombre, así piensa, y si el obrero dice sí, el patrón dirá no, y si el obrero dice no, el patrón, por su naturaleza de patrón, gritará, indefectiblemente, sí. Igual pasa con los mujiks y los señores; son de distinta naturaleza. Cuando el mujik come a gusto, el señor no duerme de noche. Claro está que en todas las categorías se encuentran hijos de perra, yo no estoy de acuerdo en defender a todos los mujiks sin excepción...

Se levantó umbrío, fuerte. Tenía ensombrecido el rostro, la barba le temblaba, como si le chocaran los dientes sin hacer ruido, y prosiguió, bajando la voz:

— Llevaba cinco años errando de fábrica en fábrica, y había ya perdido la costumbre del campo. Llegué allí, y al ver la vida, me dije: ¡yo no podré vivir así! ¿Comprendes? ¡No puedo! Ustedes viven aquí y no ven aquellas humillaciones. Pero allí el hambre sigue al hombre como la sombra al cuerpo, y no hay esperanza de pan, ¡no la hay! El hambre ha devorado las almas, ha borrado las facciones humanas, la gente no vive, se pudre en una miseria irremediable... Y por todas partes las autoridades acechan, como los cuervos, para ver si te sobra un mendrugo de pan... y en cuanto lo ven, te lo arrebatan y te abofetean encima.

Ribin echó una ojeada en derredor; se inclinó hacia Pável, apoyando una mano en la mesa.

— Cuando volví a ver esa vida, me entraron hasta náuseas. Me dije: ¡no podré! Pero me sobrepuse y pensé: No; no hagas tonterías, muchacho. ¡Aquí me quedo!, me dile. Me quedaré aquí. No les daré pan, pero sembraré desorden, ¡y así lo haré! Llevo

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

conmigo el ultraje que se hace a la gente y estoy ofendido con la gente misma. Tengo su ultraje clavado en el corazón como un cuchillo, y se me remueve dentro.

Le sudaba la frente; se acercó despacio a Pável y le puso la mano en el hombro. La mano le temblaba.

—¡Ayúdame! Dame libros que, cuando se lean, no dejen al hombre tranquilo. Hay que meterles un erizo en el cráneo, ¡un erizo que pinche bien! Di a tus gentes de la ciudad que escriben para ustedes, que escriban también para los campesinos. ¡Que nos preparen una salsa con tantas especias, que vuelva de arriba a abajo las aldeas, para que nuestros mujiks combatan a muerte!

Levantó el brazo y añadió con voz sorda, dejando caer cada palabra:

—¡Curar la muerte con la muerte, eso es! Esto quiere decir que hay que morir para que el mundo resucite. Y que morirán millares para que millones vivan sobre la tierra. Eso es. Morir es fácil. ¡Si los hombres resucitasen, si se alzasen...!

La madre trajo el samovar y miró a Ribin de reojo. Sus palabras, duras y fuertes, la deprimían. Había en él algo que le recordaba al marido; del mismo modo enseñaba los dientes, movía los brazos arremangándose la camisa, llevaba en su interior la misma impaciente rabia, aunque muda. Éste hablaba. Y era menos terrible.

—¡Sí, es necesario! —dijo Pável, bajando la cabeza—. Denos hechos concretos y les imprimiremos un periódico.

La madre miró al hijo sonriendo, movió la cabeza y, luego de ponerse el abrigo en silencio, salió de la casa.

—¡Hazlo! Te proporcionaremos cuanto te haga falta. No escriban cosas complicadas, tienen que entenderlo hasta los becerros —exclamó Ribin.

La puerta del vestíbulo se abrió y entró alguien.

—Es Efim —dijo Ribin, echando una ojeada a la cocina—. Pasa, Efim. Aquí tienes a Efim; este hombre se llama Pável, ya te he hablado de él.

Ante Pável estaba de pie, con el gorro entre las manos y mirándolo de soslayo con sus ojos grises, un mozo de cara ancha y pelo bermejo, chaqueta corta, buena planta y fuerte contextura.

—¡Buenas! — dijo con voz algo ronca, y después de estrechar la mano de Pável, se atusó los lisos cabellos con ambas palmas. Echó una mirada a la habitación, e inmediatamente, con lentitud y como de un modo furtivo, se acercó al estante de los libros.

—¡Ya los ha visto! — dijo Ribin, guiñándole el ojo a Pável. Efim volvió la cabeza, lo miró y empezó a examinar los libros, diciendo:

—Bueno, aquí tienen qué leer. Pero no tendrán tiempo de leer, seguramente. En el campo hay más tiempo.

—¿Y menos ganas? —preguntó Pável.

—¿Por qué? ¡Al contrario! —respondió el muchacho, frotándose la barbilla—. La gente empieza a usar un poco el cerebro. Geología, ¿qué es esto?

Pável se lo explicó.

—No lo necesitamos —dijo Efim, volviendo el libro al estante

Ribin lanzó un ruidoso suspiro y observó:

— Al mujik no le interesa de dónde surgió la tierra, sino cómo fue a parar a distintas manos y cómo los señores se la arrancaron al pueblo de debajo de los pies. El que gire o esté quieta, eso no importa; cuélgala aunque sea de una sogá, el caso es que llene la barriga; clávala en el cielo, bien arriba, el caso es que alimente a los suyos...

—Historia de la esclavitud —siguió leyendo Efim, y preguntó de nuevo: — ¿Habla de nosotros?

— Sí, ¡y también hay uno sobre los siervos de la gleba! — repuso Pável, entregándole otro libro.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

El campesino lo tomó y lo hizo girar entre sus manos. Luego, lo dejó y dijo tranquilamente:

—Eso es cosa pasada.

—¿Tiene usted tierra en arrendamiento?

—¿Nosotros? Sí, la tenemos. Somos tres hermanos y tenemos cuatro desiatinas.¹⁰ Arena útil para limpiar cobres, pero que no vale nada para trigo...

Continuó después de un silencio:

—Me he liberado de la tierra, ¿de qué sirve eso? No alimenta al hombre, pero le ata las manos. Hace cuatro años que trabajo como peón agrícola. En otoño iré al servicio. El tío Mijaíl me dice: ¡No vayas! Ahora, mandan a los soldados a apalear al pueblo. Pero yo pienso ir. Las tropas, en tiempos de Stepán Razin y en los de Pugachov¹¹, también pegaban al pueblo. Hay que acabar con eso. ¿Qué le parece? —dijo, mirando fijamente a Pável.

—Sí, es el momento —contestó éste, sonriendo—. Sólo que, ¡es difícil! Uno debe saber qué decir a los soldados y cómo decírselo...

— Aprenderemos ¡y sabremos! —dijo Efim.

— Si los jefes los atrapan, ¡Los pueden fusilar! — terminó Pável, mirando con curiosidad a Efim.

—¡No habrá perdón! —asintió tranquilamente el muchacho, y volvió a mirar los libros.

—¡Bebe té, Efim, tenemos que irnos pronto! —dijo Ribin.

— ¡Ya voy!... Revolución, ¿quiere decir motín?

Llegó Andréi, sudoroso, colorado, sombrío... Sin decir palabra, estrechó la mano de Efim, se sentó junto a Ribin y, después de mirarlo bien, se echó a reír.

¹⁰ Vieja medida agraria equivalente, aproximadamente, a once mil metros cuadrados.

¹¹ Caudillos de sublevaciones populares.

—¿Por qué miras con tristeza? — preguntó Ribin, dándole una palmada en la rodilla.

—¡Qué sé yo! —respondió el jojol.

—¿Obrero también? — inquirió Efim, señalando hacia Andréi con la cabeza.

—Sí —dijo Andréi—. ¿Por qué lo pregunta?

—Es la primera vez que ve obreros de fábrica —explicó Ribin—. El dice que son gente aparte.

—¿En qué? —preguntó Pável.

Efim miró atentamente a Andréi y dijo:

—Tienen los huesos puntiagudos. El mujik los tiene más redondos.

—El mujik está más firme sobre sus pies —añadió Ribin— Siente la tierra bajo sus plantas; aunque no le pertenezca, ¡la siente! Pero el hombre de fábrica es como el pájaro: no tiene patria, no tiene hogar; ¡hoy aquí, mañana allá! Ni la mujer le hace tener apego al sitio; en cuanto surge algo... ¡ahí te quedas, querida! ¡Arréglatelas como puedas! Y se marcha en busca de otro lugar mejor. En cambio, el mujik quiere mejorar lo que tiene alrededor, sin moverse del sitio. ¡Ya está aquí la madre!

Efim se acercó a Pável y le preguntó:

—¿Va a darme quizá algún libro?

—Con mucho gusto — accedió Pável de buena gana.

Los ojos del muchacho tuvieron un brillo de anhelo, y añadió vivamente:

—¡Lo devolveré! Los compañeros traen brea cerca de aquí, y se lo entregarán.

Ribin, ya con el abrigo puesto y el cinto bien apretado, dijo a Efim:

—¡Vamos, ya es hora!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Cómo voy a leer! —exclamó Efim, señalando hacia los libros, con una ancha sonrisa.

Cuando se hubieron marchado, Pável, dirigiéndose a Andréi, le dijo con animación:

—¿Has visto qué demonios...?

—Sí... —dijo lentamente el jojol—. Están en las nubes.

—¿Hablan de Mijáil? —interrumpió la madre—. Es como si no hubiera vivido en la fábrica, se ha vuelto un mujik de verdad. ¡Y qué terrible!

—¡Lástima que no hayas estado aquí! — dijo Pável a Andréi, que, sentado a la mesa, miraba sombrío su vaso de té —. Tú que siempre hablas del corazón, habrías podido ver el juego de un corazón... Ribin ha expresado ideas tan absurdas que me derribó por tierra, me dejó trastornado. Ni siquiera pude contestarle. ¡Qué desconfianza hacia los hombres y qué poco valor les concede! Dice bien la madre, ¡ese hombre encierra una fuerza terrible!

—¡Ya lo he visto! —dijo con aire sombrío el jojol—. ¡Han envenenado a la gente! Cuando se levanten, lo derribarán todo sin distinción. Necesitan la tierra desnuda, y la desnudarán. ¡Lo arrasarán todo!

Hablaba lentamente, y podía verse que pensaba en otra cosa.

La madre se le acercó con cautela.

—¡Deberías animarte, Andriusha!

—Espere, madrecita querida —replicó él dulce y afectuosamente.

Y, reaccionando súbitamente, dijo, golpeando la mesa con el puño:

—¡Sí, Pável, el mujik dejará desnuda la tierra, si se levanta sobre sus pies! Lo quemará todo, como después de una peste, para que los vestigios de sus humillaciones sean aventados con las cenizas...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Y después, ¡se interpondrá en nuestro camino! — observó Pável en voz baja.

—¡Nuestro deber es no permitirlo! ¡Nuestro deber, Pável, es contenerlo! Nosotros estamos más cerca de él que nadie, a nosotros nos creará, ¡nos seguirá!

—¿Sabes que Ribin nos propone editar un periódico para el campo?

—Y es necesario hacerlo.

—Me siento avergonzado —dijo riendo Pável—, por no haber discutido con él.

El jojol replicó con calma, frotándose la cabeza:

—¡Ya discutiremos! Tú, toca tu flauta, que quienes no tengan los pies pegados a la tierra, ¡bailarán al son de tu música! Ribin ha dicho bien que no sentimos la tierra bajo nuestros pies, y así debe ser; por eso somos los llamados a removerla. Cuando la hayamos sacudido una vez, la gente se desgajará de ella, y la sacudiremos otra vez... ¡y otra más!

La madre sonrió:

—Andréi, para ti todo es sencillo.

—Pues sí —replicó él—, sencillo. Como la propia vida.

Y unos instantes después, agregó:

—Voy a dar un paseo por el campo.

—¿Después del baño? Hace mucho viento, ¡te va a dar un aire! —dijo la madre.

— Pues eso es lo que necesito, ¡que me dé el aire!

—¡Mira que te vas a resfriar! —dijo Pável solícito—. Mejor sería que te acostaras.

— No, ¡me voy!

Se vistió y salió sin decir palabra.

—Sufre —observó la madre, suspirando.

—Sabes —dijo Pável—, después de esa historia... haces bien en tutearlo.

Ella, mirándole asombrada, contestó:

—¡Pero lo hago sin darme cuenta! El es algo mío.... no sé cómo explicártelo.

—Tienes buen corazón, madre —añadió Pável en voz baja.

—Si pudiera ayudarte, por poco que fuese... y a todos ustedes. ¡Si supiera!

—No tengas miedo... ya sabrás.

Ella se echó a reír dulcemente:

— Pues eso es lo malo, ¡que yo no sé no tener miedo!

—No hablemos más, mamá. Pero debes saber que te estoy muy agradecido.

La madre se fue a la cocina, para no turbarlo con sus lágrimas.

El jool volvió ya bien entrada la noche, cansado, y dijo, mientras se acostaba:

—Creo que he hecho por lo menos diez verstas.

—¿Y te encuentras mejor? —preguntó Pável.

—Voy a dormir, no me molestes.

Y guardó silencio como si se hubiera muerto.

Pasado algún tiempo, llegó Vesovchikov, andrajoso, sucio y descontento como siempre.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿No has oído nada acerca de quién mató al bandido de Isái? — preguntó a Pável, andando torpemente por la habitación.

—No —dijo secamente Pável.

— Ha habido un hombre al que no le ha dado asco hacerlo. ¡Y yo que me disponía a estrangularlo! Era asunto mío, ¡lo más a propósito para mí!

—No digas semejantes cosas, Nikolái —le dijo Pável, en tono amistoso.

—¡Es cierto! —intervino afectuosamente la madre—. Tienes un buen corazón, y, sin embargo, no cesas de amenazar. ¿Por qué?

En aquel momento le era grato ver a Nikolái, y hasta su rostro, picado de viruelas, le parecía más agraciado.

—Soy un inútil que dice tonterías — dijo Nikolái, encogiéndose de hombros —. Pienso, y vuelvo a pensar: ¿dónde estará mi puesto? ¡No hay sitio para mí! Hace falta hablar con la gente, ¡y yo no sé! Lo veo todo, siento todas las humillaciones humanas, ¡pero no puedo expresarme! ¡Tengo muda el alma!

Se acercó a Pável, y con la cabeza baja, arañando la mesa con el dedo, dijo con voz quejumbrosa, como la de un niño, una voz que no era la suya habitual:

—Denme un trabajo duro, no importa cuál sea. No puedo vivir así, sin hacer nada. Ustedes están todos en actividad. Yo veo que las cosas marchan, pero estoy al margen. Cargo vigas, tablas... pero, ¿es que se puede vivir para esto? ¡Denme un trabajo duro!

Pável le tomó una mano, atrayéndolo hacia sí:

—¡Te lo daremos!

Pero, detrás del tabique, resonó la voz del jojol.

— Nikolái, yo te enseñaré a distinguir los caracteres de imprenta y serás uno de nuestros cajistas, ¿quieres?

Vesovchikov se acercó al tabique:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Si me enseñas, te regalaré una navaja...

—¡Vete al diablo con tu navaja! —exclamó el jojol, rompiendo a reír.

—¡Una buena navaja! —insistió Nikolái.

Pável también rió. Entonces, Vesovchikov se detuvo en medio de la habitación y preguntó:

—¿Se están burlando de mí?

—¡Naturalmente! —respondió Andréi saltando de la cama—. Ven, vamos a pasear por el campo, hay un hermoso claro de luna. ¿Vamos?

—Bueno — asintió Pável.

—Yo también voy —declaró Nikolái—. Me gustas cuando te ríes, jojol.

—¡Y a mí me gusta cuando me ofreces regalos!

Mientras él se estaba poniendo el abrigo en la cocina, la madre le dijo, refunfuñando:

—Abrígate más.

Y cuando los tres salieron, fue a mirarlos desde la ventana, luego echó una ojeada a las santas imágenes y suplicó:

—¡Ayúdalos, Señor...!

CAPÍTULO 26

Corrían raudos los días, uno tras otro, impidiéndole a la madre pensar en el Primero de Mayo. Sólo por las noches, cuando, rendida por el ajetreo ruidoso de la jornada, se metía en la cama, se le oprimía el corazón suavemente:

¡Ojalá pase pronto...!

Al amanecer rugía la sirena de la fábrica, Pável y Andréi bebían el té a toda prisa, tomaban un bocado y se marchaban dejando a la madre una multitud de pequeños encargos. Y durante todo el día, ella daba vueltas como una ardilla enjaulada; hacía la comida, preparaba una especie de gelatina color lila para imprimir las proclamas y la cola para pegarlas, venían algunas personas, le entregaban esquelas para Pável y desaparecían tras haberle contagiado su excitación.

Casi todas las noches aparecían, pegados en las vallas, carteles llamando a los obreros a festejar el Primero de Mayo; aparecían incluso en las puertas de la jefatura de policía, y se encontraban a diario en la fábrica. Por las mañanas, la policía iba recorriendo el arrabal y, blasfemando, arrancaba de las vallas aquellos papeles color lila; pero a la hora de comer, de nuevo revoloteaban las hojas por las calles, cayendo a los pies de los transeúntes.

De la ciudad vino policía secreta: apostados en las esquinas de las calles, escudriñaban con la mirada a los obreros que, alegres y animados, salían de la fábrica para comer, o que se reintegraban al trabajo. Todo el mundo se alegraba de ver la impotencia policial e, incluso, los obreros de más edad decían, con la sonrisa en los labios:

—Bueno, ¿para qué sirven?

Por doquier se formaban pequeños grupos, discutiendo calurosamente acerca del inquietante llamamiento. La vida hervía aquella primavera, les parecía a todos más interesante, traía a cada uno algo nuevo: a unos, una razón más para maldecir, con rabia, contra los sediciosos y colmarlos de insultos; a otros, una vaga inquietud y

una esperanza; a los menos, la punzante alegría y la conciencia de ser la fuerza que despertaba a las masas.

Pável y Andréi apenas dormían: volvían un momento antes de la llamada de la sirena, cansados, roncos, pálidos. La madre sabía que organizaban reuniones en el bosque, junto al pantano; no ignoraba que, por la noche, destacamentos de la policía montada rondaban alrededor del suburbio, que los agentes de la secreta vigilaban también, deteniendo y registrando a los obreros que iban solos, dispersando a los grupos, y atrapando alguna vez a éste o al otro. Comprendía que su hijo y Andréi podían ser detenidos cualquier noche, y casi lo deseaba, pareciéndole que sería mejor para ellos.

Sobre el asesinato de Isaí había caído un silencio extraño. Durante dos días, la policía local había interrogado sobre el asunto a una decena de personas; luego, parecía haberse desinteresado del caso.

María Kórsunova, en una conversación con la madre, le había dicho, reflejando en sus palabras la opinión de la policía, con la que tenía relaciones amistosas, igual que con todo el mundo:

—¿Cómo van a encontrar al culpable? Aquella mañana vieron a Isaí quizá cien personas, de las cuales, noventa por lo menos, le habrían dado con gusto una buena paliza. Llevaba siete años haciéndoles trastadas a todos...

El jojol cambiaba de aspecto a ojos vistas. Sus mejillas se habían hundido, y sus pesados párpados caían sobre los ojos salientes, semicerrándolos. Dos finas arrugas partían de su nariz para ir a terminar en las comisuras de los labios. Hablaba menos de las cosas, los gestos y los hechos cotidianos, pero se inflamaba cada vez más, presa de un entusiasmo que contagiaba a sus oyentes, celebrando el porvenir, la fiesta luminosa y magnífica del triunfo de la libertad y la razón.

Cuando la muerte de Isaí pareció olvidada, dijo un día, con tono desdeñoso y sonrisa triste:

— Nuestros enemigos no sólo no aman al pueblo; tampoco tienen en estima a quienes azuzan, como perros, contra nosotros. No echan de menos a su fiel Judas, sino a las monedas de plata.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—No hables de eso, Andréi —dijo firmemente Pável.

La madre añadió a media voz:

—Se ha golpeado un tronco podrido, y se deshizo en polvo.

—¡Es justo... pero no es consolador! —replicó taciturno Andréi. Repetía con frecuencia estas palabras que, en su boca, tomaban un sentido particular, amargo y cáustico, que abarcaba todo.

Y, al fin, llegó el tan esperado Primero de Mayo.

La sirena llamó como de costumbre, imperiosa y autoritaria. La madre, que no había pegado ojo en toda la noche, saltó de la cama y encendió el samovar preparado la víspera. Iba, como siempre, a llamar a la puerta de su hijo y de Andréi, pero se detuvo, dejó caer el brazo y se sentó junto a la ventana, apoyando la mejilla en la mano como si le dolieran las muelas.

En el cielo, de un pálido azul, bogaba rápidamente un rebaño de ligeras nubes blancas y rosa: se hubiera dicho un vuelo de pájaros que huían espantados por el sordo rugido del vapor. La madre miraba las nubes y prestaba oído a los movimientos de su corazón. Sentía la cabeza pesada, los ojos hinchados y secos por el desvelo de la noche. En su pecho reinaba una calma extraña, su corazón latía acompasado y pensó en las cosas de la vida diaria...

— He puesto demasiado temprano el samovar, ¡el agua ya está hirviendo! ¡Que duerman hoy un poco más! Están agotados los dos...

Un rayo de sol matinal atravesó la ventana, jugueteando alegremente; ella le ofreció la mano, y cuando, luminoso, se le posó en los dedos, lo acarició suavemente con la otra mano con sonrisa pensativa y cariñosa. Luego, se levantó, quitó el tubo al samovar y, esforzándose en no hacer ruido, se lavó y se puso a rezar, persignándose con fervor y moviendo silenciosamente los labios. Tenía iluminado el rostro, y su ceja derecha unas veces se alzaba lentamente; otras, descendía de pronto.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Sonó la segunda llamada de la sirena, menos fuerte, menos segura, en un sonido que temblaba denso, concentrado. La madre tuvo la impresión de que era también más largo que de costumbre.

En la habitación se oyó la voz recia y clara del jojol:

—¡Pável! ¿Oyes?

Uno de ellos arrastró sus pies desnudos sobre el suelo, otro bostezó satisfecho.

—¡El samovar está listo! —gritó la madre.

—¡Ya nos levantamos! —respondió Pável alegremente.

—Hace ya sol —dijo Andréi—, y las nubes corren. Las nubes están de más, hoy.

Y entró en la cocina, desgreñado, entumecido aún por el sueño, pero alegre.

—¡Buenos días, madrecita! ¿Cómo ha dormido?

Ella se acercó y le dijo en voz baja:

—Andréi, hijo, estarás a su lado, ¿verdad?

—¡Naturalmente! —susurró el jojol—. Mientras estemos juntos, iremos a todas partes el uno al lado del otro, ¡sépalos usted!

—¿Qué estáis conspirando ahí? —preguntó Pável.

—¡Nada!

—Está diciéndome que me lave bien. Las chicas van a mirarnos —contestó el jojol, saliendo al zaguán a lavarse.

—«Arriba los pobres del mundo»... —canturreó Pável.

El día iba haciéndose claro, y las nubes desaparecían barridas por el viento. La madre preparaba la mesa para tomar el té y movía la cabeza, pensando en lo raro que

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

era todo aquello: Los dos bromean, se ríen esta mañana, y al mediodía, ¡quién sabe lo que les esperará!

Y ella misma, sin saber por qué, se sentía tranquila, casi alegre.

Estuvieron bebiendo el té largo rato, tratando de acortar la espera. Pável, como siempre, removía lenta y minuciosamente su cucharita para deshacer el azúcar en el vaso, salando con esmero la corteza de pan que era su trozo favorito. El jojol agitaba los pies bajo la mesa; nunca conseguía acomodarlos bien cuando se sentaba, y, mirando un rayo de sol que se deslizaba por el techo y la pared, reflejado por su vaso, dijo:

—Cuando yo era un niño de unos diez años, tuve un día el impulso de cazar al sol en un vaso. Tomé el vaso, me acerqué furtivamente a la pared y, ¡zas!, lo estampé contra ella. Me hice un corte en la mano y me pegaron. Después, salí al patio y vi el sol que se reflejaba en un charco, y empecé a chapotear en él con los pies. Me salpiqué de barro de arriba a abajo. Me pegaron otra vez. Entonces, me puse a gritarle al sol: «¡Pues no me duele, diablo colorado, no me duele!» Y le sacaba la lengua. Eso me consolaba.

—¿Por qué te parecía pelirrojo? — le preguntó Pável riéndose.

Porque frente a nuestra casa vivía un herrero, con un rostro rubicundo y una barba rojiza: era un mujik alegre y bondadoso. Y a mí se me figuraba que el sol se le parecía.

La madre perdió la paciencia y dijo:

—¡Mejor sería que hablaran de lo que va a ocurrir!

— Cuando se habla de lo que ya está resuelto, no se hace más que embarullar las cosas —observó dulcemente el jojol. En caso de que nos detengan a todos, madrecita, vendrá Nikolái Ivánovich y le dirá lo que hay que hacer.

—¡Bueno! —suspiró la madre.

—Deberíamos estar en la calle —dijo pensativo Pável.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—No, por ahora, ¡mejor será esperar en casa! —aconsejó Andréi—. ¿Para qué hacerse ver por la policía? ¡Ya te conocen bastante!

Fedia Masin llegó corriendo, radiante, con unas manchas rojas en las mejillas. Lleno de emoción y júbilo, hizo más llevadera la espera.

—¡Ya ha empezado! La gente se mueve... Bajan por la calle, con unas lenguas... ¡como hachas! Vesovchikov, Vasia Gúsev y Samóilov están desde el amanecer pronunciando discursos a las puertas de la fábrica. Muchos obreros se han vuelto a sus casas. ¡Vamos, ya es hora! ¡Ya han dado las diez!

—Yo voy —dijo Pável en tono resuelto.

—Ya verán —prometió Fedia—, después del almuerzo, ¡se levantará toda la fábrica! —Y salió corriendo.

—Arde como un cirio al viento — musitó la madre, viéndolo marchar. Se levantó y entró en la cocina, donde empezó a ponerse el abrigo.

—¿Adónde va, madrecita?

—¡Con ustedes!

Andréi, tirándose de las guías del bigote, echó una ojeada a Pável. Éste, echó su cabello hacia atrás y siguió a su madre a la cocina.

— Madre, yo no te diré nada... Y tú, tampoco me dirás nada. ¿Entendido?

— De acuerdo, de acuerdo. ¡Sea como tú quieras! —murmuró ella.